

El Sr. Gradgrind se turbó y dijo que no comprendía bien.

— Caballero — respondió Esteban — su hijo se lo dirá. Pregúnteselo. No acuso á nadie : no quiero dejar detrás de mí ninguna acusación. Cierta noche vi y hablé á su hijo. Sólo pido á V. que me disculpe, y espero que lo hará.

Estando ya dispuestos algunos á transportar al herido y deseando ver el médico esta operación, se pusieron en marcha, á la cabeza de la camilla, los que llevaban antorchas y linternas. Antes de que se levantara el cañizo y mientras se preparaban para marchar, dijo Esteban á Raquel, sin dejar de mirar la estrella.

— Cada vez que he abierto los ojos y la he visto brillar sobre mí, en medio de mi dolor, he pensado si sería la estrella milagrosa del pesebre de nuestro Salvador. Apostaría á que lo es.

Se levantó el cañizo, y Esteban se alegró de creer que lo llevaban en dirección de la estrella.

— ¡Raquel, amada mía! No sueltes mi mano. Esta noche, querida mía, podemos pasearnos juntos, sin que nadie tenga qué decir por ello.

— No soltaré tu mano, y te acompañaré durante el camino.

— ¡Que Dios te bendiga! ¿Quiere tener alguien la bondad de taparme la cara?

Lo transportaron con cautela por los campos y las avenidas, á través del extenso paisaje. Raquel estrechaba siempre la mano de Esteban con la suya. Pocas palabras, y aun dichas en voz baja, interrumpieron el triste silencio de la multitud. Pero pronto ésta se convirtió en un cortejo fúnebre. La estrella había enseñado á Esteban donde se hallaba el Dios de los pobres; y el operario fué á reunirse con el Redentor, en la mansión del reposo, por el camino de la humildad, del sufrimiento y del perdón.

## CAPÍTULO XXXV

### PERSECUCIÓN DEL MEQUETREFE

Antes de que se rompiera el círculo formado alrededor del pozo, desapareció uno de los personajes admitidos en él. El Sr. Bounderby y su sombra no se acercaron á Luísa, que daba el brazo á su padre, sino que se mantuvieron á distancia. Cuando el Sr. Gradgrind se aproximó á la camilla, por habersele llamado, Sissy, que prestaba atención á todo lo que ocurría, se deslizó detrás de aquella sombra perversa, cuyo semblante aterrado hubiera sido objeto de las miradas de todos, si éstas no se hubiesen ocupado

en el herido, y murmuró algunas palabras á su oído. Habló él un instante con ella, sin volver la cabeza, y desapareció. De este modo fué como el mequetrefe se salió del círculo, antes de que se pusiera en marcha la gente.

No bien entró su padre en casa, mandó recado á la del Sr. Bounderby, para que su hijo fuera á Pedro-Loge inmediatamente. Se le dijo que el Sr. Bounderby había perdido á Tom entre la multitud y, no habiéndolo visto más, suponía que se hallaba en casa de su padre.

— Creo, papá — dijo Luisa — que no volverá esta noche á Cokeville.

El Sr. Gradgrind volvió la cabeza y no dijo nada.

Á la mañana siguiente, se presentó él mismo en el Banco y, viendo que el puesto de su hijo se hallaba desocupado (no habia tenido valor para ir á él en seguida), se dirigió por la calle al encuentro del Sr. Bounderby, que no debía tardar en llegar. El Sr. Gradgrind previno al banquero que, por razones que pronto le explicaría, rogándole que no se los preguntara de momento, creía necesario emplear á su hijo en otra parte, durante algún tiempo. Manifestóle asimismo que tenía la misión de rehabilitar la memoria de Esteban Blackpool y de declarar el nombre del ladrón. El Sr. Bounderby quedó

estupefacto, en medio de la calle, é inmóvil como un mojón, hinchándose como una bola de jabón, aunque estaba lejos de ser tan hermoso como éstas.

El Sr. Gradgrind volvió á su casa, encerrándose en sus habitaciones, donde permaneció todo el día. Al llamar Luisa y Sissy á la puerta, les respondió sin abrirla :

— Ahora no puedo recibiros, queridas mías ; aguardad hasta la noche.

Cuando volvieron al anochecer, les dijo :

— Aun no puedo veros. Hasta mañana.

Nada comió durante el día, y, al desaparecer éste, tampoco pidió luz. Le oyeron pasearse de un extremo á otro de su habitación, hasta hora muy avanzada.

Á la mañana siguiente, bajó á almorzar, á la hora de costumbre, ocupando su sitio en la mesa. Había envejecido. Se hallaba encorvado. Ofrecía, no obstante, un aspecto más tranquilo y feliz que cuando decia no reconocer en esta vida más que hechos. Antes de retirarse del comedor, señaló la hora en que podrian ir á verle Luisa y Sissy, y se alejó inclinando la cabeza.

— Querido papá — dijeron ellas, al acudir con exactitud á la cita — te quedan tres hijos : *yo misma*, con ayuda del cielo, acabaré por no parecerme á la de antes.

Alargó la mano á Sissy, como para decirla :  
Y también con tu ayuda, querida Sissy.

— ¿Crees que tu desdichado hermano premeditó ese robo — dijo el Sr. Gradgrind — cuando te acompañó al domicilio del pobre obrero?

— Temo que sí, papá. Sé que necesitaba dinero y que había gastado mucho.

— Al ver que Esteban Blackpool se alejaba de esta ciudad, su mala cabeza le debió sugerir la idea de hacer recaer las sospechas sobre ese desgraciado.

— Esa idea debió acudirle mientras estaba sentado allí, aguardándome; pues fui yo quien le insté para que viniese : la intención de la visita no partió de él.

— ¿Habló él con Esteban? ¿Lo hizo separadamente?

— Se lo llevó á fuera del cuarto. Después, al preguntarle yo el motivo, me dió algún pretexto más ó menos especioso; pero desde ayer noche, papá, al fijarme más detenidamente en las circunstancias de nuestra visita, aunque no acierte á explicarme la cosa, temí que debió ocurrir algo entre los dos.

— Veamos — dijo el Sr. Gradgrind — si tus temores te presentan á tu hermano en aspecto tan sombrío como á mí.

— Temo — dijo Luisa, vacilando — que

debió hacer á Esteban, quizá en su nombre, quizá en el mio, proposiciones que empeñasen al pobre hombre, con toda la inocencia y la honradez de su alma, á lo que nunca había hecho, es decir, que fuera á aguardarle por los alrededores del Banco durante dos ó tres noches.

— Esto es evidente — dijo el Sr. Gradgrind. — No cabe duda.

Escondió el rostro y permaneció algunos minutos en silencio. Pero logró dominar su emoción.

— ¿Y cómo vamos á encontrarlo ahora? — dijo — ¿Cómo arrancarlo de la mano de la justicia? ¿Cómo encontrar á tu hermano, antes de que lo prendan los demás, en el corto espacio de tiempo que aun me queda para decir la verdad? Daría doscientos mil francos por obtenerlo.

— Sissy ha pensado en ello, papá.

Dirigió la mirada al sitio en que se hallaba Sissy, como si fuera el ángel tutelar de la casa, y le dijo con dulce acento de gratitud :

— ¡Siempre la misma, querida niña!

— Nuestros temores — respondió Sissy, mirando á Luisa — no datan de ayer; pero al ver que llevaban á V. junto á la camilla y oír lo que le decía el obrero, pues me hallaba al lado de Raquel, me acerqué á Tom, sin que nadie lo notara, y le dije : « no me mire V. ;

hágalo del lado de su padre. ¡Le encargo que se marche en seguida, por él y por V.!» Temblaba ya, antes de que le diera este consejo, sobresaltándose aun más, y me respondió: «¿Dónde quiere V. que vaya? Tengo poco dinero, y no conozco á nadie que quiera esconderme.» Entonces pensé en el antiguo circo de mi padre. No he olvidado el sitio en que, durante este tiempo, da el Sr. Sleary sus representaciones y, además, estos dias he leído un anuncio en los periódicos. Le he aconsejado, pues, que se dirigiera inmediatamente allí, dando su nombre al Sr. Sleary y diciéndole que le esconda, hasta mi llegada. «Estaré allí antes de que alboree,» me respondió y vi como se escurría de entre la gente.

— ¡Bendito sea Dios! — exclamó el padre. Quizá sea aún tiempo de hacerle marchar al extranjero.

La esperanza era tanto más justificada, cuanto que el punto adonde Sissy enviara á Tom se hallaba á tres horas de Liverpool, lo que facilitaba su huida á cualquier parte del mundo. Había que obrar con prudencia, al ir á reunirse con él, pues podían recaer sospechas sobre el joven, con mayor motivo si le daba al Sr. Bounderby por representar el papel de Bruto. Se convino en que Sissy y Luisa saldrían

solas y que el Sr. Gradgrind se uniría á ellas por otro camino. Se decidió que no se presentara él directamente al Sr. Sleary, para que no desconfiara ni indujera á su hijo á emprender la fuga, por temor de su padre: Sissy y Luisa se encargarian de preparar el terreno para la obligada entrevista. Una vez discutido este proyecto por los tres actores que debían desempeñar un papel en él, se dirigió el Sr. Gradgrind al campo, á primera hora de la mañana, para tomar el ferrocarril en que debía viajar. Por la noche las dos jóvenes salieron con destino al mismo punto, por otro camino, felicitándose de no encontrar en él á ninguna persona conocida.

Viajaron toda la noche, salvo durante los minutos de parada del tren en algunas estaciones; y se apearon al dia siguiente á una milla ó dos de la ciudad á que se dirigían. Tomaron allí un cabriolé y penetraron de incógnito en la población, á través de una infinidad de callejuelas, que eran la residencia habitual de los cochinos del país, constituyendo asimismo, aunque no tuvieran nada agradable ni magnifico, la carretera real de la comarca.

La primera cosa que vieron, al llegar á la ciudad, fué la armazón del circo Sleary. La compañía se había marchado á otra localidad, que se hallaba á unas veinte millas más lejos,

pues allí los escuderos habían tenido que dar sus representaciones la noche precedente. La única vía de comunicación existente entre ambas ciudades era una carretera montuosa, que hacía algo difícil el camino. Aunque sólo se hubiesen detenido para almorzar apresuradamente y no tomasen otra comida, además de su inquietud, que no les permitía conciliar el sueño, no divisaron hasta el medio día siguiente los carteles anunciadores del circo Sleary, por las paredes y los tinglados, siendo ya la una dada cuando se apearon en la plaza del mercado.

Al poner el pie en tierra, el pregón, con su trompeta, anunciaba una gran representación nacional, en la que debían tomar parte los escuderos y que iba pronto á empezar. Para no llamar la atención de nadie con preguntas en público, Sissy creyó más prudente tomar una entrada en la taquilla, por manera que, si el Sr. Sleary recaudaba el dinero, la reconociera fácilmente y obrara con discreción. De no ser así, lo encontrarían en el interior del circo, donde no dejaría de percatarse de ellas y de enterarlas discretamente de lo que hacía el fugitivo.

Se dirijieron, con el corazón palpitante, hacia el barracón tan conocido de Sissy. En él

se veía ya el estandarte, con la inscripción orlada de « CIRCO SLEARY », y también la garita, que no estaba, sin embargo, ocupada por el Sr. Sleary : Maese Kidderminster, que había ya adquirido una madurez excesivamente terrestre, para que despertase en nadie la credulidad de que fuese Cúpido, cedió al imperio invencible de las circunstancias (y de su barba), después de haber asumido todos los papeles representables para atender á todas las exigencias del servicio, y se hallaba en aquel momento ocupado en la taquilla, con un tambor en reserva, para llenar sus ocios y emplear en él la parte supérflua de su fuerza. Examinaba con exceso el dinero que recibía, por temor de la moneda falsa, y no podía ver otra cosa. Por ello no reconoció á Sissy, al entrar ésta con su compañera en el circo, donde se hallaban ya.

El emperador del Japón, montado en un jamelgo viejo y pacífico, cuya piel blanca herloseaban manchas negras, iba á hacer rodar cinco cubetas á la vez. (Como no se ignora, era ésta la diversión favorita de tal monarca). Sissy, aunque se familiarizó temprano con esta familia real, no conocía personalmente al emperador actual, cuyo reinado fué de los más placenteros. La Srta. Josefina Sleary, que debía aparecer en su gracioso ejercicio ecuestre de las

*Flores del Tirol*, fué anunciada por el payaso (que tuvo la buena ocurrencia de equivocarse, diciendo « ejercicio de las coliflores ») y se presentó el Sr. Sleary dando la mano á la Srta. Josefina.

No bien aplicara un latigazo al payaso y gritara éste: « Si lo repite V., le echo el caballo encima », el Sr. Sleary y su hija reconocieron á Sissy. No por ello dejaron de continuar el ejercicio con la mayor sangre fría; y el Sr. Sleary, aparte de su primera mirada, no dió más expresión á su ojo movible que la que ofrecia su ojo fijo. El ejercicio pareció largo á Sissy y Luisa, especialmente durante el último entreacto, dispuesto para que el payaso refiriera al Sr. Sleary, que respondia con calma á sus observaciones y tenia su ojo fijo en el público, la siguiente anécdota: « Dos pies, sentados sobre tres, se ocupaban en mirar á un pie, al presentarse cuatro pies, para apoderarse de uno; en vista de lo cual, se levantaron los dos pies, cogieron á los tres y los lanzaron á la cabeza de los cuatro pies, que huyeron con un pie ».

Aunque este chascarrillo no incluyera más que un modo ingenioso de presentar, en forma de alegoría, á un carnicero sentado en un escabel de tres pies, yendo un perro á quitarle un pie de carnero, exigió tanto tiempo

el relato y la explicación de ello, que el mismo se hizo muy pesado, en la inquietud que experimentaban Sissy y Luisa. Por fin la rubia Josefina hizo su reverencia, en medio de los aplausos del público, y el payaso, que se había quedado solo, se reanimó y dijo: « Ah! Ah! También yo, también yo ». Entonces dieron un golpecito á la espalda de Sissy y le hicieron signo de que saliera.

Llevóse á Luisa: el Sr. Sleary las recibió en una pequeña habitación, prohibida al público y que se componia de paredes de tela, de un pavimento de hierba y de un techo de madera inclinada, sobre el cual manifestaban su aprobación los espectadores del primer piso, pateando con ardor, como si hubieran querido pasar por él.

— Cecilia — dijo el Sr. Sleary, que tenia á su alcance un grog de aguardiente — ¡qué alegría ziento, al verte! Haz zido ziempre muy querida de nozotroz y creo que, dezde que te marchazte, noz haz honrado con tu comportamiento. Preciza que veamos á nueztroz compañeros, querida, antez de hablar de negocióz; porque, zin ello, ze morirían de pezar, sobre todo laz mujerez. Jozefina ze ha cazado con E. W. B. Childerz, y tienen ya un chiquillo, el cual ze mantiene, á pezar de zuz trez años, encima del poney más endiablado. Le llamamos